

COLECCIÓN NARRATIVAS
BIBLIOTECA RUBEM FONSECA

RUBEM FONSECA

EL AGUJERO EN LA PARED

Traducción de
Regina Aída Crespo y Rodolfo Mata Sandoval
Revisada y adaptada por Alejandro Kandora

Tajamar
Editores

O buraco na parede

© Rubem Fonseca, 1995, 2011

© Tajamar Editores Ltda., 2011

Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago

Teléfonos: 56-2-245.70.26 / 56-2-245.70.28 / 56-2-245.70.32

Traducción cedida por Ediciones Cal y Arena

www.tajamar-editores.cl

e-mail: info@tajamar-editores.cl

ISBN: 978-956-9043-27-7

Composición: Salgó Ltda.

Diseño de portada: José Bórquez

Impreso en Chile/*Printed in Chile*

Primera edición: diciembre de 2012

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización previa del editor.

El globo fantasma

Un globo gigantesco, el más grande del mundo, dijo el informante.

¿En dónde?, pregunté.

Todo lo que sé es que ya compraron diez toneladas de papel de seda.

El informante es así: oyó decir, solo sabe la mitad, la mitad que es falsa.

Yo formaba parte de un Grupo especial creado para estudiar y proponer maneras de evitar que los globeros construyeran y soltaran globos, principalmente en el mes de junio, durante las fiestas dedicadas a San Juan y San Pedro, los dos santos de los coheteros. Los globos eran ilegales. Al caer incendiaban la vegetación de los parques de la ciudad, instalaciones industriales, residencias particulares. Se habían hecho campañas publicitarias, en colaboración con los medios, sin resultados.

Yo era el representante de la policía en el Grupo. Los otros miembros eran dos mujeres, una de la municipalidad y otra de la agencia federal responsable del medio ambiente. Siempre me gustó trabajar con mujeres. Las dos eran inteligentes y dedicadas. Y también ecologistas fanáticas, para ellas un árbol era la mejor cosa que existía en el mundo. Creían que el problema tenía una solución simple: cárcel para los globeros. En junio los cielos se llenaban de

globos y junio estaba llegando y yo sabía que mi vida se iba a volver un infierno; además, cometí la imprudencia de contar a mis compañeras del Grupo la historia del globo de diez toneladas de papel de seda. Las dos se indignaron.

Me quedo pensando en el tamaño de la mecha de un globo como ese.

Le preocupa el tamaño de la mecha, no la calamidad que puede causar, dijo Marina. Tienes hombres, armas, la ley, ¿por qué no acabas con esos globeros?

El problema es muy complicado.

Ya oímos esa disculpa antes, dijo Marina.

Y ese globo gigante es un rumor.

Vamos a suponer que no sea un rumor, dijo Fabiana. La captura de los responsables de ese superglobo serviría de ejemplo, tendría un efecto persuasivo.

Los portugueses trajeron el globo a Brasil hace cientos de años. Pero, como ocurre con todas las tradiciones, el tiempo acabará también con esta. La urbanización...

Mientras, los bosques y las colinas de la ciudad se incendian, cortó Marina. A final de cuentas, ¿qué estás haciendo en este Grupo?

Vivía provocándome, pero yo nunca perdía la paciencia con ella. Ni con nadie.

Por favor, dijo Fabiana.

Todo lo que pedía Fabiana yo lo hacía. Aun cuando fuera una pérdida de tiempo.

En dos días puse a seis detectives en las calles, recorriendo los suburbios, infiltrándose, solo para descubrir en dónde se iba a hacer el megaglobo, si es que se iba a hacer. En el Gabinete conseguí que me cedieran al detective Diogo Cão para ese trabajo.

En la reunión semanal del Grupo relaté a mis colegas las providencias que estaba tomando. Hablé de los seis detectives, principalmente de Diogo Cão. Va a ayudar mucho, agregué.

¿Cão? ¿El policía se llama Cão?¹

¿Qué no hay gente que se llama Gato? ¿Pinto? ¿Leitao?²
Diogo Cão es de familia portuguesa. Podría descender del navegante cuatrocentista.

Te estás desviando del tema. ¡El bosque se va a incendiar!, dijo Marina.

Diogo sabe todo acerca de globos. Él me dijo que los incendios son causados por los globos pequeños. Los globos grandes son hechos por especialistas y se apagan cuando aún están en el cielo. Cuando caen, la mecha ya no arde.

No les conté que a veces, por un defecto de la mecha o de la estructura, los globos grandes explotan, lo que en el lenguaje de los globeros significa que se incendian, y al caer incendian todo lo que está abajo.

Ahora, otra mentira, los globeros están preocupados por el medio ambiente, dijo Marina.

Lo que ellos quieren es recuperar el globo, admití.

Necesito hablar contigo, dijo Fabiana.

Cão policía, una combinación perfecta, dije en broma, y ellas me miraron con odio.

Necesito urgentemente hablar contigo, repitió Fabiana.

Yo me voy, dijo Marina, que sabía de mi relación con Fabiana. Al salir, nos miró, sacudió la cabeza y dio un portazo.

¿Vamos al cine?

1 *Cão* significa perro, persona mala, infame, vil. Popularmente al diablo se le dice *cáo*. Pastor alemán es *cáo* policial. (N. de los T.)

2 Pollito y lechón, respectivamente. (N. de los T.)

No tengo ganas de ir al cine.

Vamos a comer al restaurante chino.

No tengo ganas de comer en el restaurante chino.

Vamos a comprar un CD al centro comercial.

Llévame a mi casa. Tengo dolor de cabeza.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, le pregunté si podía subir.

Hoy no.

Me muero si no bebo tu café con leche hoy, ahora, me muero.

Ya conozco todos tus trucos, deja de hacerte el vivo.

Hablo en serio.

Yo soy la que necesita hablar de un asunto muy serio contigo.

Entramos al apartamento.

¿Vas a preparar un café con leche?

No. Tengo que decirte algo.

Después, mi amor.

Ahora, necesito que sea ahora.

Te amo, le dije, abrazándola.

Yo también te amo. Tengo que decirte una cosa.

Después.

Nos acostamos.

Acostarme con ella era la mayor felicidad que la vida me daba. Nos poníamos alegres y nos reíamos y sudábamos aun con el aire acondicionado de tanto rodar en la cama, y en los intervalos tomábamos café con leche que ella hacía poniendo café en polvo en leche hirviendo, y yo salía de ahí en la madrugada para que ella pudiera dormir, ya que no sé dormir con nadie, ni siquiera con la mujer que amo, y decía en voz alta su nombre al sol, si el sol ya había salido, a la lluvia, cuando llovía, Fabiana, a las puertas de las casas, Fabiana, a

las alcantarillas, Fabiana, a los autos que pasaban. Y a ella siempre le dolían los músculos de las piernas al día siguiente.

Aquella noche no se rió ni siquiera una vez. Mientras me vestía, repitió muy seria, tengo que decirte una cosa.

Mañana. Ahora vas a dormir.

Hoy. Ese globo es una cosa monstruosa. Cualquier globo es una cosa monstruosa. Los globeros son una banda de criminales.

¿Por qué no una banda de soñadores? El sueño de Bartolomeu Lourenço de Gusmão. De los Montgolfier.

¿Ves? Marina tiene razón. Tú simpatizas con ellos, estás de su lado.

Comunidades enteras hacen un globo, hombres, mujeres, viejos, niños. Solo quieren ver cómo sube el globo hacia el cielo, lo más alto posible.

¿Comunidades enteras? Qué justificación más idiota. Comunidades enteras practican el linchamiento ¿y te pones del lado de los asesinos? Estamos perdiendo el tiempo con tu sociología equivocada.

No estoy del lado de nadie. No le caigo bien a Marina.

Soñadores, los que hicieron la Floresta da Tijuca, años y años de un trabajo de amor. Sabes que Río es la única ciudad en el mundo que tiene en su perímetro urbano un bosque, la Floresta da Tijuca. ¿No lo sabes?

Sí.

Y esos globeros imbéciles todos los años destruyen un pedazo de bosque y tú los llamas soñadores. Necesito decirte una cosa.

Entonces dime lo que necesitas decirme. Pero antes es bueno que sepas que hice un esfuerzo tremendo para conseguir los seis detectives —además de Diogo Cão— para hacer esta investigación idiota sobre un globo gigante que

probablemente nunca se hará y que si se hace será solo uno entre miles. Miles, querida, grábate eso en la cabeza, son miles los globos fabricados en esta época del año y decenas de miles las personas involucradas. Cuando soltar un globo no era un crimen, los globeros imprimían invitaciones convidando al pueblo al lanzamiento de los globos grandes. Y el globo tenía nombre y celebraba alguna cosa, un santo, un acontecimiento, una fecha histórica, un deseo. Y los poetas de la comunidad escribían odas al globo que se cantaban durante el lanzamiento. Ahora dime lo que me quieres decir.

Qué bueno que fue prohibida esa perversión cultural.

Dime lo que me quieres decir.

No lo dijo inmediatamente. Salió de la cama envolviéndose en la sábana para que no viera su cuerpo desnudo, cosa que nunca sucedió, a no ser durante los primeros días. Se enjugó los ojos en la sábana, cuidando que no se viera ninguna parte íntima de su cuerpo. Lo que Fabiana me iba a decir era algo serio, ella raras veces lloraba.

Anda, dime, no aguanto verte llorar y no voy a dejarte de amar, no importa lo que me digas.

Marina y yo estamos escribiendo un oficio al secretario de Seguridad Pública pidiéndole que se asigne otro delegado para que se integre al Grupo en tu lugar.

Deja de llorar, mi amor. ¿Qué dicen para justificar mi sustitución? ¿Que soy incapaz? ¿Desidioso?

No con esas palabras.

¿Incompetente? ¿Negligente?

El Grupo se reúne hace casi medio año y nada se ha hecho. Te pedí que aprehendieras a esos globeros que están construyendo ese monstruo y tú no le has dado importancia.

Ese globo no existe.

Marina dice que estás de su lado.

¿Y tú? ¿También crees eso?

No sé. Sí, creo. ¿Estás enojado conmigo?

¿Enojado? Ese es nombre de enano de Blanca Nieves.

Pero no me hizo ninguna gracia ni tampoco a ella y pasé mi mano levemente sobre su cabeza. Ahora lloraba sin esconderse.

Cuídate, muchacha.

Nunca había salido de su casa sufriendo. Todo por causa de un maldito globo fantasma. Todos los bosques del mundo no valían el amor que sentía por Fabiana, pero aquel bosquecito de mierda trepado en las cumbres de la ciudad, cuyo árbol más viejo tenía la edad de mi abuela, valía más que el amor de Fabiana por mí. Las mujeres, pensaba mientras caminaba por la calle oscura, no saben amar como los hombres. Nosotros, los hombres, hemos inventado el romanticismo y el suicidio por amor, por ellas tenemos el valor para ser payasos, asesinos, ladrones. Pensé en los suicidas que conocía. Pero no había ningún hombre, todos eran mujeres que por amor se habían cortado las venas, tomado barbitúricos, prendido fuego a las ropas, saltado a las ruedas de un tren, tirado por la ventana, ahorcado, solo mujeres. El único hombre del que me acordé fue Werther. Ese no valía. Las mujeres sí sabían amar. Entonces sentí nostalgia por Fabiana y comencé a decir su nombre en medio de la calle y un mendigo que intentaba dormir debajo de una marquesina se quedó viéndome y yo le dije ven acá y no vino y le grité ven acá, te lo ordeno, y vino asustado y le dije repite conmigo Fabiana, Fabiana. Y nos quedamos los dos diciendo Fabiana, Fabiana, y después le di el billete más grande que tenía en el bolsillo y regresó debajo de la marquesina. Y cuando yo ya estaba lejos gritó Fabiana, ya acostado, saludando con la

mano, y yo le grité que Dios te bendiga, buen mendigo, contestándole el saludo. Pura telenovela de las seis.

Al día siguiente, en la comisaría, mandé llamar a Diogo Cão.

¿Qué pasó?

El globo tal vez exista. Tal vez lo van a hacer, y si lo hacen, va a ser en la Baixada. En Caxias contrataron un meteorólogo para saber con exactitud la dirección y la hora de los buenos vientos. Estoy vigilando a Caveirinha, para descubrir quién se va a quedar con él. Nadie sigue globos mejor que Caveira, conoce todos los caminos de la ciudad y todos los caminos de la Baixada y todas las carreteras que van a dar a Minas, São Paulo y Espírito Santo. Ya hubo globos que cruzaron la frontera. Al volante de una pick-up es mejor que Senna piloteando el McLaren. Si Caveira va a Caxias, ya es una pista. São João de Menti y Caxias se están disputando a un gringo que trabajó lanzando cohetes en Cabo Cañaveral, el gringo vino al Carnaval, se volvió loco y se quedó. Son los dos grupos que están invirtiendo más, por lo visto. Vamos a ver a dónde se dirige el rastreador Zé de Souza.

Se nos está acabando el tiempo, Diogo. Mis colegas del Grupo dicen que ese globo va a causar un gran incendio.

¿Qué globo, señor? No sabemos de nada. Caveirinha y el gringo solo significan que se van a hacer globos como los de siempre.

Vamos a suponer que el globo fantasma exista. Y que lo están haciendo por partes, en locales diferentes, para que nosotros no lo descubramos, y que después van a juntar todo, encender la mecha y soltar al animal. ¿No puedes descubrir algo, algún soplón?

Después de que se prohibió soltar globos, nadie abre el pico. Es una especie de religión.

Cristianos en las catacumbas.

Algo así. ¿Recuerda, señor, aquel avión francés que los terroristas secuestraron? Un pasajero que estaba en el avión dijo que estaba tranquilo hasta que los secuestradores se reunieron en un rincón y comenzaron a rezar. Entonces percibió que aquellos rezos significaban que se había jodido el asunto. Enseguida comenzó la matanza de los rehenes. La religión es eso. El globo es como los rezos de los globeros. Usted puede mandar traer a uno de ellos aquí y arrancarle los cojones con unos alicates y el sujeto no canta. Y los cojones son el bien máspreciado de un hombre, ¿no es cierto?

Es cierto, respondí, pensando en Fabiana.

Usted sabe que Zé de Souza es mi amigo, ¿no?

Recién ahora me entero.

Un día Zé de Souza me dijo que se caga en la ley de los tribunales y en las payasadas de los ecologistas. Nuestra pelea, me dijo, es con la ley de Newton. Cuando le hablé de los bosques me respondió que se jodan los bosques, los bosques se incendian hace millones de años y el mundo no se ha acabado.

Diez toneladas de papel de seda tienen un volumen enorme, dije.

Puede ser exageración del soplón. Ya investigué, nadie ha vendido esa cantidad de papel.

Pueden haberlo comprado en varias ciudades, en pequeñas cantidades, en fechas espaciadas. Brasil es grande.

Es posible. Pero tengo mis dudas.

Cão, ¿alguna vez te pedí algo diciéndote que era asunto de vida o muerte?

No, señor.

Este es asunto de vida o muerte.

Ya entiendo. Pero los globos son bonitos, ¿no, señor?

Un incendio también.

La cosa más bonita que he visto fue el incendio de la refinería.

Lo bello horrible, Cão.

Que se jodan los bosques. Estoy bromeando, señor.

Todas las noches salía a investigar con Cão. Descubrimos decenas de lugares en donde estaban haciendo globos, pero no servía de nada aprehender a alguien, habríamos tenido que detener a mucha gente, aunque dejáramos a los niños y a los viejos fuera. Cristianos en las catacumbas. Tampoco había forma de decomisar el material, los globos se hacían por partes. Corte de las hojas, pegado de los gajos, armado de banderines y banderas, encadenamiento de las guías de fuegos artificiales, enlace de las hileras de linternas, flexión de la trabe de la boca, armado de la mecha, cada cosa era elaborada en un lugar diferente, patios, canchas de fútbol de tierra, galpones abandonados, para después montar todo en el lugar en que se va a lanzar el globo. En las diligencias íbamos solo nosotros dos, en el viejo escarabajo de Cão, para que nadie sospechara que éramos de la policía. Y oímos el rumor que circulaba en todos los *terreiros*³ y en los llanos: en algún lugar estaba siendo armado un globo gigantesco que iba a asombrar al mundo y a formar parte del Guinness. Cão, dije, realmente están construyendo a ese hijo de puta.

Empezamos a llamar al globo El Cabrón. Si lo están haciendo, dije a mis detectives, quiero agarrar al Cabrón, agarrarlo entero, antes de que lo suelten, en el momento en que enciendan la mecha, antes de que la flama se ponga azul. Y

3 *Terreiro*: local en que se celebran las ceremonias de fetichismo afrobrasileño: umbanda, candomblé, etc. (N. de los T.)

eso solo puede suceder en la víspera de San Juan, la noche del día 23.

Hablé un poco con el comandante de la PM y me garantizó que ese día pondría a mi disposición cincuenta hombres de la tropa de choque.

¿Cincuenta hombres de la tropa de choque? Es poco, tendrían que movilizar a todos los efectivos de la PM, dijo Marina.

Creo que vamos a agarrar el globo fantasma.

No podíamos decirles aquel nombre feo que yo y Cão le habíamos dado al globo. Fabiana no decía una palabra. Yo ponía cara de sufrido y buscaba sus ojos, pero Fabiana fingía estar ocupada leyendo un libro.

No basta destruir solamente esa monstruosidad y la cuadrilla responsable de ella, dijo Marina, la policía tiene que agarrar a todos los globeros de la ciudad, enjuiciarlos uno por uno.

Inclusive a los niños.

Ella despreció la ironía. Los niños tienen que ser educados. Si tuviéramos una policía que funcionara, estaríamos haciendo otra cosa.

Todo el mundo debería ser policía durante un año, para que viera la mierda que es. Lo pensé, pero no lo dije.

Cão llegó y me llamó aparte. Caveirinha se emborrachó en un bar de Vila Isabel y gritaba, ¡miren al cielo el día 23! Creo que Caveira va a ser el seguidor. No sabemos por parte de quién.

¿En Vila Isabel?

Eso no significa nada.

Tenemos que encontrar al rastreador. Si es Zé de Souza, ¿te lo diría?

No. Ni voy a molestar a Zé, es mi amigo.

Es verdad.

¿Esta conversación es secreta?, preguntó Marina. Están cuchicheando. ¿Quieren que salgamos de la sala? Salgamos de la sala, Fabiana.

Fabiana cerró el libro, me miró tan rápidamente que ni tiempo me dio de poner cara de sufrido para que sintiera lástima por mí, y se levantó.

Calma, calma. Estoy conversando con el detective Cão sobre el rastreador, hablábamos despacito para no perturbar la lectura de Fabiana.

Fabiana aprovechó la oportunidad y preguntó con cierta dulzura, ¿qué es eso de rastreador?

Es el tipo que le dice al equipo de captura la dirección que el globo va a tomar conforme las corrientes de aire, dije, poniendo cara de sufrido. Fabiana, conmovida, hizo un leve gesto de aproximación, como si me fuera a abrazar, pero se contuvo.

Después de que una comunidad con recursos suelta un globo, que suelta muchos globos grandes, dijo Cão, entran en escena el seguidor, que es el sujeto que tiene que conocer todos los caminos de la ciudad y que maneja una pick-up, el rastreador que es esa persona que el señor explicó, y el equipo de captura. La función de ese equipo es rescatar el globo, si es posible intacto, doblarlo, colocarlo en la pick-up y llevar el animal desinflado de regreso, para después soltarlo de nuevo. Si alguien se entromete —un equipo rival o rasgadores independientes— le sacan la conchadesumadre, con su perdón. Ha habido muertos en estas trifulcas.

La psicología del rasgador..., comencé.

Ahórranos esas digresiones, dijo Marina.

¿Por qué una pick-up?, preguntó Fabiana.

Tiene que ser un vehículo grande para poder transportar al equipo de captura, al rastreador y al globo rescatado, si es el caso. Puede que otros equipos, de otras comunidades, quieran capturar el globo. Si se trata de un equipo amigo, entregan el globo a los dueños y después juntos sueltan de nuevo al animal. Siempre que un globo cae aparecen rasgadores independientes. Rasgan el globo porque no fueron ellos quienes lo pusieron en el cielo, porque no le perdonan al globo haber caído de las alturas, porque el globo es un cuerpo extraño en las calles. Es como los pájaros migratorios muertos a palos en las playas del noreste porque andan exhaustos en la arena cuando debían estar volando.

Matan a los pájaros porque tienen hambre.

Los rasgadores también tienen hambre. Hay muchos tipos de hambre.

Te equivocaste de profesión, dijo Marina. Eso ya lo sabíamos por las demostraciones obvias que nos has dado, y ahora, con esas deducciones de crucigrama...

Cão me defendió: conocer la psicología de los infractores ayuda en la investigación criminal.

Estaba hablando con Fabiana.

Pero yo estoy aquí y no estoy sorda. Mañosa, esta Marina.

No vamos a pelearnos, dijo Fabiana.

Yo no estoy peleando, respondí.

Pero yo sí. Estamos escribiéndole un oficio al secretario de Seguridad pidiendo tu sustitución.

Ya le dije, dijo Fabiana, retomando la lectura.

No se olviden de darle una mirada al decreto que creó al Grupo. La burocracia tiene normas, procedimientos, reglamentos, etcétera, que se deben obedecer.

Ya lo sabemos.

Yo y Diogo Cão vamos a hacer un trabajo. Hasta luego.

Nos detuvimos en una fuente de soda para tomar un jugo de coco.

Esa mujer o lo odia o lo ama.

La psicología de almanaque nos atacó a los dos.

Existen lugares en donde nunca ha aparecido un arcoíris.

Cão, esto no tiene pies ni cabeza. Es poesía pura.

Llame a esa señora para que abrace un árbol con usted.

No puedo. Ya hice eso con Fabiana. Fue así como entré en su corazón.

Ahora salió, ¿no?

Eres un policía inteligente.

Nos hemos olvidado del mechero, dijo Cão, un globo de ese tamaño, si realmente lo están haciendo, tiene que tener al mejor especialista en mechas. Un tipo como el viejo Silva Maltosa. Hace la mejor mecha por etapas de Brasil, ya sabe, se quema primero una, después otra...

Sí, ya sé.

Hace globos hasta de ocho etapas, que vuelan más de quinientos kilómetros. Van a parar a Minas, a Espírito Santo.

Averigua por dónde anda y lo que está haciendo. Edgar te va a ayudar.

Me dediqué al Cabrón. Anduve por todos lados, con Cão y sin él; Méier, Madureira, Caxambi, Del Castilho, Bangu, Penha, Campinho, Quintino Bocaiúva, Cascadura, Anil, Pavuna, Costa Barros, Honório Gurgel, Cidade de Deus, Rio das Pedras, Gardênia Azul, Anchieta, Deodoro, Curicica, Ricardo de Albuquerque, Magalhães Bastos, Realengo, Camorim, Padre Miguel, Senador Camará, Vargem Pequena y Vargem Grande, Santíssimo, Curupira, Senador Vasconcelos, Campo Grande, Mendanha, Cosmos,

Nova Iguaçu, São João de Menti, Caxias, Nilópolis, no en ese orden, yendo cada vez más lejos. Di la vuelta al mundo, me perdí innumerables veces, ni la muerte conoce todas las calles y plazas y carreteras de las afueras de Río. Se estaban haciendo globos en todas partes, en los municipios adyacentes, en la zona rural, en los suburbios, en las favelas, en las colonias. Hasta en la Zona Sur había gente haciendo globos. Globeros surfistas. Pero el Cabrón era demasiado grande para que lo soltaran en una calle o en una plaza, necesitaba una explanada grande, un llano ancho, y eso nos favorecía.

El día 23 se aproximaba. Fabiana no respondía a los recados que le dejaba en la contestadora. En la reunión semanal del Grupo se quedaba callada. También Marina hablaba poco. Después de haberme apuñalado por la espalda, las dos tenían que sentirse culpables. Yo no sabía si habían enviado o no el oficio pidiendo mi sustitución, ni si, en caso afirmativo, había sido tomada una decisión en la Secretaría. Me iba a enterar por el boletín, que es la manera desagradable de saber una noticia desagradable.

El día 21, dos días antes de la fecha del probable lanzamiento del Cabrón, tuve una reunión con los detectives y discutimos el asunto. Uno de ellos, el detective Arsênio, estaba convencido de que el globo iba a ser soltado en Caxias.

Encontraron al Gringo, el tipo de Cabo Cañaveral, dijo Arsênio, el Gringo desfiló en Carnaval en la Escuela de Samba Grande Rio, que es de Caxias. A esos gringos les gustan las cosas exóticas, debe haberse empotado con una mulata y está metido en esto por amor.

¿Y Zé de Souza?

Está peleado con los de Caxias. Pero ese globo hace que el tipo se olvide de cualquier desaveniencia.

¿Si lo llaman, va?

Sí, dijo Cão.

¿Y Caveirinha?

Dicen que Caveira anda bebiendo mucho y que está descartado. No vale la pena perder el tiempo con él, dijo uno de los detectives.

¿Y el mechero? ¿Silva Maltosa?

Desapareció. Pero es amigo de los de São João de Meriti, dijo el detective Edgar.

Solo puede ser Caxias, insistió Arsênio. Tienen dinero. El *bicheiro*⁴ padrino de la Escuela de Samba está financiando todo. Además, Meriti es como un huevo, una ciudad-dormitorio.

Es un huevo, pero está lleno de globeros en Éden, Coelho da Rocha, São Mateus, Vilar dos Teles, Vila Rosali dijo Cão.

¿Si Caxias lo llama, Zé de Souza de veras va?

Si lo llaman y hacen el globo en Caxias, sí va. Pero no sé si lo llamarán, dijo Cão.

Ni siquiera sabemos si están haciendo el Cabrón. Hay muchas comunidades haciendo globos grandes, como sucede todos los años, dijo Edgar.

No se nos puede olvidar el gringo de Cabo Cañaveral, dijo Arsênio, que estaba infiltrado en Caxias. Me tomé unos tragos con él y un grupo de globeros y el Gringo solo hablaba de, déjenme buscar el papel donde escribí todo: fuerzas gravitacionales, fuerzas de fricción, resistencia aerodinámica, ecuaciones de movimiento, órbitas keplerianas.

Carajo, dijo alguien.

4 *Bicheiro*: individuo que dirige en un determinado lugar el *jogo do bicho*, tipo de lotería de animales clandestina que deja mucho dinero. Varios de los *bicheiros* cariocas son padrinos de escuelas de samba. (N. de los T.)

Solo puede tratarse del Cabrón, continuó Arsênio. Y lo van a soltar a las nueve.

Votamos. Éramos ocho los que votábamos. Yo, además de mi voto, tendría el voto de Minerva. Sin embargo, no se necesitó hacer desempate. Caxias ganó por siete votos a uno. Cão votó por São João do Menti pero sin mucha convicción.

Si no es en Caxias, ¿nos queda tiempo para desplazarnos con el personal hacia São João do Menti?, pregunté.

Está la carretera Caxias-Meriti. Pero cincuenta hombres se desplazan despacio. Hay muchas órdenes pasando de un nivel a otro, dijo Cão.

Jefe, dijo Edgar, puede que todo esto sea puro cuento, el Cabrón no existe y vamos a hacer el ridículo.

Llamé a Fabiana.

Mañana vamos a agarrar el globo fantasma. Me gustaría que vinieras con nosotros.

No quiero ir.

Yo te lo pido. Después ya no te molesto más. Alguien del Grupo, además de mí, debe ir. No quiero que vaya Marina. No le caigo bien.

Sí, le caes bien. Hasta soñó contigo el otro día.

Pero prefiero que vayas tú. ¿Te acuerdas de lo que dijiste? ¿El significado persuasivo de esta aprehensión?

¿Va a haber violencia?

Nada de violencia. Te lo prometo. Paso por ti en la tarde.

Después fui al Comando de la PM y lo arreglé todo. Los hombres de la tropa de choque estarían alertas. Yo daría las coordenadas desde el radio de mi auto.

Pasé por casa de Fabiana a las seis. Después recogí a Cão en la Avenida Presidente Vargas esquina con Senhor dos Passos. ¿Todo bien?, pregunté por el radio al comandante de la tropa de choque.

Los hombres ya están en los vehículos esperando órdenes. ¿Arsênio está ahí con ustedes? Él conoce el lugar.

Arsênio estaba con ellos. Cão, que estaba conmigo, también sabía dónde era.

Me encontré con los coches de la tropa de choque en la Avenida Brasil, frente a la refinería de Manguinhos. Tomamos la carretera y paramos en la entrada de Caxias.

La tropa de choque usaba escudos, chalecos, lumas, metralletas, uniforme y cascos oscuros.

¿Es necesario todo esto?, preguntó Fabiana.

Es solamente para asustar, dije.

Llegamos con la tropa de choque al lugar del lanzamiento. Una gran y compacta aglomeración de personas formaba un enorme círculo alrededor del globo, ya inflado, todavía sujeto con las amarras. Los soldados saltaron de los vehículos y avanzaron entre la multitud, abriéndose camino a golpes de luma hasta cercar el globo.

Era un globo grande, pero yo y Cão ya habíamos visto decenas iguales.

Putra madre, ese no puede ser El Cabrón, dijo el detective.

Van a lanzar El Cabrón en Meriti, dije. ¿Conoces la carretera a Meriti? Vamos para allá.

¿Solo nosotros? No queda tiempo para reagrupar a la tropa de choque. Mire el desastre, la paliza comenzó, la cagamos totalmente, dijo Cão.

Estábamos tan nerviosos que se nos olvidó la presencia de Fabiana y nos gritábamos groserías uno al otro.

Vámonos, carajo, se los estoy ordenando.

Entonces déjeme manejar, dijo Cão.

Seguimos a toda velocidad por la carretera Caxias-Meriti. Por el radio intenté establecer contacto con el comandante de la tropa de choque, pero no lo logré.

Ya estamos en Meriti, esta es la carretera del Munguengo. Deben estar lanzando El Cabrón en un llano a orillas del Sarapuí, dijo Cão.

Y así era. El Cabrón subía al cielo, la cosa más espantosa que he visto volando en toda mi vida. El mayor globo de aire caliente de todos los tiempos. El lanzamiento era celebrado con exclamaciones de júbilo y los gritos agudos de mujeres y niños apagaban las voces de los hombres.

Saltamos del auto.

Dios mío, dijo Fabiana. Cão y yo nos quedamos callados. ¿Qué íbamos a decir? Solamente miramos y miramos y miramos al Cabrón subir lentamente al cielo, mientras que en las guías explotaban los petardos, y los fuegos artificiales despedían fulgores creando una claridad que iluminaba hasta donde alcanzaba la vista.

Fabiana regresó al auto y se sentó en el asiento trasero, en silencio.

Cão y yo seguimos mirando el globo hasta que quedó del tamaño de una estrella en el cielo.

Una vez más, no pude establecer contacto por radio, desde el auto, con la tropa de choque que estaba en Caxias jodiéndose y jodiendo a los demás. Tenía hambre. Pregunté si alguien más quería alguna cosa. Solamente Cão contestó.

Nos detuvimos en una fuente de soda. Fabiana tomó un agua mineral. Todos mis intentos de hacerla decir algo fueron inútiles. Cão hablaba del globo. Hacía conjeturas sobre la altura, el diámetro, sobre cuántas docenas de miles de metros cúbicos de aire caliente habría dentro de él, si iba a caer en Minas Gerais o en Espírito Santo o São Paulo, y que no era un gringo de mierda consumidor de mulatas inocentes, farsante de Cabo Cañaveral, quien había calculado su trayectoria.

Regresamos por la Linha Vermelha.⁵

¿Qué es eso? ¿Qué es eso?, gritó Cão.

La Linha Vermelha tiene una topografía plana y un amplio horizonte y cuando se circula por ella se puede ver toda la bóveda celeste. O casi toda.

¿Qué es eso? ¿Qué es eso?, dijo Cão, excitado.

El globo, dijo Fabiana. Era la segunda vez que abría la boca durante esa noche.

Sí, lo era.

¿Cómo es posible? Es imposible, gritó el detective.

Es él, El Cabrón. Algo sucedió con la mecha, dije.

Podíamos ver el globo volar lentamente. Fuimos tras él. El auto iba a veinte kilómetros por hora. Un patrullero en motocicleta se detuvo, solidario. ¿Cuál es el problema?, preguntó. Le enseñé mi credencial, estoy siguiendo aquel globo. Se está yendo hacia Penha, dijo el patrullero, y arrancó en la motocicleta. Seguimos al globo. A cada rato nos deteníamos. Va a caer en el aeropuerto, decía Cão, no, está cambiando de rumbo, va hacia Ramos, no, va hacia São Cristóvão. Nos quedamos un buen tiempo sin saber hacia dónde ir. Hasta que decidimos que el globo se estaba yendo hacia el centro de la ciudad.

Tomamos la salida de la Cidade Nova y nos detuvimos en el Canal del Mangue para observar aquella cosa. El globo había perdido mucha altura, se le había acabado la energía y caía muy rápido. Se desplazaba hacia la Zona Sur, iba a caer dentro de algunos minutos y, para llegar antes, atravesamos la Avenida Rio Branco ignorando todas las señales de tránsito, tomamos la explanada a doscientos por hora,

5 *Linha Vermelha*. Cuando se celebró la conferencia mundial sobre ecología ECO 92 se hizo un camino que lleva este nombre, el cual recorre la ciudad en su perímetro. (N. de los T.)

atravesamos el túnel de Copacabana, salimos en la Avenida Atlântica, siempre a más de ciento cincuenta, de madrugada eso es fácil. Al llegar a la Avenida Vieira Souto, vimos que el globo caía en el mar, frente a las islas Cagaras, a unos dos mil metros de la orilla.

Caveirinha ya estaba ahí, en la playa de Leblon, en una pick-up japonesa nuevecita. Su gente sabía calcular los vientos. Él y su personal de captura, además de Zé de Souza y un tipo de barbas blancas, que debía de ser el mechero Silva Maltosa, contemplaban en silencio la caída del globo en el mar. El sol nacía a la izquierda, a la altura de Arpoador, y hacía brillar el papel laminado que revestía al globo. Había dos autos más, lejos uno del otro, de globeros rivales, y los hombres dentro de los autos contemplaban inmóviles el espectáculo en silencio. Habría ocurrido una masacre si el mayor globo del mundo hubiera caído en tierra.

Paramos nuestro auto atrás de la pick-up de Caveirinha. Algunos de los hombres del equipo de captura, con el bulto de las armas de fuego resaltando bajo las camisas, llegaron a la playa y se sentaron en la arena a mirar. Uno de ellos recargó desanimado la cabeza sobre las rodillas. Aquel globo no había sido hecho para volar solo cincuenta kilómetros y caer en el lugar equivocado.

El globo parecía más grande que el pico de piedra del islote Cagarra, que queda a la izquierda del archipiélago. Cayó lentamente y tocó el mar, primero el armazón de banderines, después la hilera de linternas ya apagadas, después las guías de los fuegos artificiales, hasta que la inmensa boca de fierro se posó en el océano y el globo quedó inmóvil, una carabela fantástica en medio de la calma. Se mantuvo inflado mucho tiempo, antes de desaparecer en las aguas.

Fabiana vio todo, el rostro muy pálido.

Zé, gritó Cão.

Zé de Souza se acercó a nuestro auto, los binoculares colgados sobre el pecho: ¿Tú por acá, Cão?

Zé, ¿el de la barba de chivo es Silva Maltosa?

El viejo se va a morir de tristeza, la mecha se estropeó.

Nosotros también queríamos el globo, Zé.

No fue creado para ser capturado ni para morir en el mar como si fuera marinero. Hubiera sido mejor que hubiera explotado y caído en la tierra como una bola de fuego, incendiando el mundo. Hasta dan ganas de llorar, dijo Zé de Souza.

Que se jodan los bosques, dijo Cão.

Que se jodan los bosques, repitió el rastreador.

Vámonos, Diogo Cão, dije.

Señor, si no le importa yo me quedo aquí.

Está bien, dije, y el detective se fue con el rastreador hacia donde estaban los globeros. Cuando encendí el auto, Cão estaba abrazado al viejo Silva Mattoso.

¿Quieres que te lleve a casa?

Sí, por favor. Estoy cansada.

Fabiana vivía en la calle Laranjeiras. Cuando entramos en el túnel Rebouças me dijo, te amo.

No hablamos del globo. Ni en el túnel, ni en la cama, ni después, tomando café con leche, ni durante todo aquel día, ni nunca más.